

**C O N T**  
**R A T O**  
**F A M I**  
**L I A R**  
**V I R G**  
**I N I A**  
**A N D E**  
**R S O N**

© 2019, Virginia Anderson

© 2019, Alter ediciones

[www.alteredediciones.com](http://www.alteredediciones.com)

[alterediciones@gmail.com](mailto:alterediciones@gmail.com)

**Diseño y armado:**

manosanta desarrollo editorial

[www.manosanta.com.uy](http://www.manosanta.com.uy)

**Fotografía:**

archivo personal de la autora

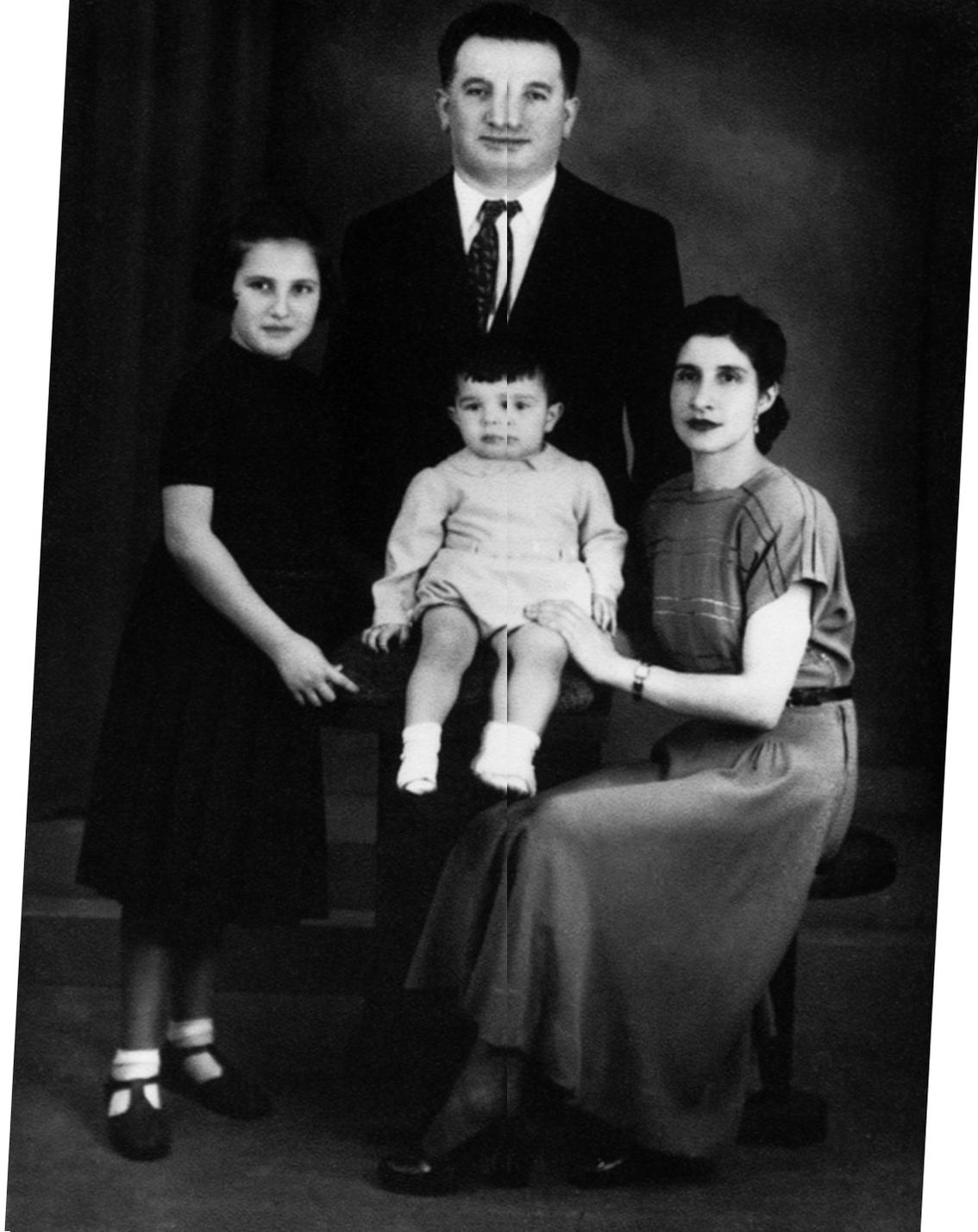
**Impreso en Uruguay**

ISBN: 978-9974-8723-1-8

Depósito legal: 375 327 / 2019

Esta edición de 400 ejemplares se terminó de imprimir al cuidado de Manuel Carballa, en la ciudad de Montevideo, en el mes de setiembre de 2019.

*Para Alicia*



# I

Mi abuela se dejaba ridiculizar. Por ejemplo, me dejaba peinarla y maquillarla. Ella se sentaba en el sofá del living de mi casa y yo traía todo el maquillaje de mi madre, más peines y cepillos, y comenzaba el proceso de transformación. Mi intención era, desde un primer momento, sacarle el aspecto de abuela y convertirla en una de esas modelos de pasarela que veía de vez en cuando en la televisión. Una vez le dije a mi madre, sin siquiera sacar la vista de la tele, totalmente hipnotizada, que cuando fuera grande quería ser modelo, a lo que me contestó con un tajante y despectivo: «Dejá de decir pavadas». Un comentario que lapidó para siempre mis intenciones modelísticas. Creo que por eso no tomaba muy en serio la transformación de mi abuela. Comenzaba haciéndole coletas que le dejaban al descubierto las raíces grises, o, como diría mi abuela, «la tinta». Algo que era una institución en la vida de mi abuela: «Voy a hacerme la tinta» o «Tengo que hacerme la tinta». Para mí, hacerle las coletas era como descubrir sus años ocultos, esa historia de la que nunca nos contó mucho, sobre todo por prejuicios, por miedo a ser señalada, tal vez. Solo recibí por boca de ella algunas escenas aisladas de su vida. Nació en Mercedes, donde vivió su infancia. Quiso mucho a su única abuela, que se llamaba Valentina.

Una de esas escenas desperdigadas: ella trabajando en el puesto de frutas y verduras de mi abuelo; hacía mucho frío; tanto que en uno de los corredores, entre los cajones, se quedó quieta, dura como una estatua; siempre de pollera, siempre de tacos, pero aterida por

el aire gélido, quién sabe pensando en qué. Cuando se dio cuenta de que debía moverse o morir, vio que entre sus piernas había un charco de sangre. Era ella quien goteaba, quieta, congelada, solitaria y silenciosa. Nunca supe el final de esa historia, qué hizo, si alguien la vio, si alguien la ayudó.

No sé cómo llegó a la capital, pero una vez aquí nunca más volvió a tomar contacto con su familia.

Luego de hacerle el peinado con varias coletas cortitas y paradas, y con la cara y las arrugas muy expuestas, me ocupaba del maquillaje, que en general se limitaba a pintarle los labios con un rojo intenso y a resaltarle los pómulos con un polvo colorado. Cuando ya había terminado, la tarea era convencerla de que saliera así a la calle. A veces lo lograba.

Un retrato de mi abuela: la expresión seria, la mirada firme, hacia delante, sentada tres cuartos hacia la cámara, como le indicó el fotógrafo; el vestido, de algún color oscuro, caído sobre la falda, apenas pegado al cuerpo. El cuello es alto y las mangas son largas pero terminan en un pequeño voladito romántico. Parece disfrutar la circunstancia de posar para la foto, o por lo menos se la ve relajada. A su lado, parado, de traje oscuro impecable y corbata, está mi abuelo; apenas esboza una sonrisa. Su presencia imbuye de su carácter al retrato, y un pequeño detalle: su maxilar inferior sobresale un poquito, y eso le da un tono desafiante, valiente. En medio de los dos están los hijos: mi padre está sentado sobre una mesa pequeña, debe tener poco más de un año, ya presenta un pequeño flequillo morocho, las orejitas le sobresalen un poco y, conociendo su futuro, uno puede apreciar la pequeña curvatura de la nariz, que un día crecerá aguileña, prominente; aunque no se apoya en nadie, está circundado por su madre, sentada a su lado; así, al más mínimo movimiento de su hijo, puede pescarlo y evitarle la caída. Mi tía también está situada al medio; debe de tener unos ocho años y es por lejos la más sonriente. Lleva un vestido que yo colorearía de rosa pálido, zapatos de charol

y medicitas cortas; lleva una melena a la altura de la nuca y su pelo claro tiene destellos de un rubio aún más claro. Es un lindo retrato familiar; la luz es tenue y apenas se centra en sus protagonistas. Parecen ganadores que lograron juntarse, como si cada uno hubiera venido por un camino distinto y hubiesen confluído en esta escena particular, en este festejo, en este comienzo de algo, en este punto de partida. Todos encontraron un hogar, un lugar donde asentarse.

Mi abuela vino sola desde Mercedes, en busca de una vida mejor en Montevideo, seguramente intentando también alejarse de su familia. Ella me contó que en su pueblo hacían un concurso para distinguir a la más fea. Lo contaba con gracia y con seriedad al mismo tiempo, y yo me imaginaba a la laureada con una sonrisa de punta a punta, y en mi lógica de niña pensaba que no estaba mal que esa mujer fuera distinguida de alguna forma, aunque al mismo tiempo vislumbraba también lo macabro del asunto.

Mi abuela decía que mi abuelo sospechaba que ella era judía, y tomaba como supuesto indicio ciertas costumbres en la cocina y ciertos modos de preparar la comida.

Otra escena de mi abuela: va a la iglesia y se concentra, se concentra en una veladora que ella lleva y le pide al cura que la enchufe. Ya no puedo saber en qué se concentra, qué pide, qué desea.

Por favor, abuela, contame el cuento de la familia de las polillas, por favor. Esto casi siempre sucedía por las mañanas, en mi cuarto, que era mío y de mi hermana. Ella nunca se resistía y comenzaba.

Había una vez una polilla niña a la que su madre siempre le decía: —No salgas nunca sola a la calle, que la gente es mala y solo te hará daño.

Todos los días se repetía la misma escena: la mamá polilla, antes de salir, le aconsejaba y ordenaba a su hijita polilla que no saliera a la calle, pues la gente era mala y le haría cosas malas. Pero un buen día la polillita, desobedeciendo a su madre, salió a la calle, y a la vuelta la esperó muy contenta y le dijo:

—Madre, estabas muy equivocada, hoy salí a la calle y toda la gente me aplaudía.

Ni bien terminaba el cuento, mi abuela hacía una mueca con la boca hacia el costado y se reclinaba sobre las almohadas de la cama. Cada vez que se ponía a pensar, se miraba mucho las manos, primero las palmas y luego el revés, y se quedaba especialmente absorta en el revés. Bajo la luz tenue que se filtraba por las mañanas, cuando aún los postigones estaban cerrados, se quedaba así, contemplando sin prisa los detalles de sus manos. A veces giraba un anillo de oro que nunca se quitó. Era grueso y con una piedra verde, creo que era una esmeralda. A veces se llevaba una uña a la boca y entrecerraba los ojos.

Según mi abuela, la gente era mala. Había en ella una natural desconfianza hacia los demás. Se fue de su casa, desobedeciendo a su madre, y pronto descubrió que los aplausos no eran bien intencionados, y pronto se convirtió en una mujer solitaria y desconfiada.

Recuerdo una vez que tomé coraje y me fui a dormir a su casa. El plan era que al otro día iríamos a los juegos del Parque Rodó. Cuando caminábamos hacia la parada del ómnibus, bajo la luz del atardecer, yo ya me había arrepentido. Pero no dije nada y, con un poco de angustia, seguí caminando a su lado, para no defraudarla. Ya en el silencio de su casa me asaltaron todos los fantasmas que la acompañaban a ella diariamente, todos los retratos de mis tatarabuelos y de mis bisabuelos y de mis abuelos, toda la familia de su marido judío —mi abuelo muerto—, cuyos rostros me miraban desde todos los ángulos. La única nota de simpatía venía de un retrato de mi tía: el primer plano de una muchacha sonriente y joven que apoyaba el mentón en una mano y mostraba los dientes de perfil. Debajo iba la firma del retratista, resaltada. Debajo, la luz amarillenta de su mesa de luz, la única que prendía en toda la casa, y el silencio que lo invadía todo. Mi abuela mantenía su dormitorio como cuando vivía mi abuelo: dos camas de madera lustrosas, con respaldos altos, que terminaban en forma de triángulo y que me recordaban a dos casitas

gemelas separadas por un *garage*, que era la mesa de luz. La casa de mi abuela tenía un olor tan peculiar que solo puedo definirlo como eso, olor a la casa de mi abuela, una mezcla de cera para muebles con naftalina y comida de pájaros y gas de cañería.

Recuerdo que me arrollé sobre su cama y ahí me quedé largo rato, paralizada por la angustia y las ganas de estar en el bullicio luminoso de mi casa. Mi abuela me preguntó si quería comer algo, por ejemplo, un huevo frito, una oferta con la que sabía que me podía tentar, pero le dije que no, que no quería nada. En su casa no había ninguna distracción, nada para ver que no fueran los retratos, nada para oír que no fuera el ruido de algún ómnibus o autos que de tanto en tanto pasaban por la calle a esa hora de la noche.

Ante su insistencia en que debía comer algo, le dije que me dolía la barriga, y no volvió a mencionar el asunto. Comprendí que en el hogar de mi abuela solo había espacio para ella y sus cosas, y que yo no cabía en ese universo, no entraba en ese espacio ajeno y solitario.

Me dormí así, vestida. Cuando desperté por la mañana, mi abuela ya no estaba en el cuarto; la encontré en la cocina, dándole de comer a los pájaros. Me gustaba verla maniobrar con el agua y el alpiste dentro de la jaula, mientras los pájaros alborotados saltaban de un lado a otro. Ella les hablaba con mucho cariño, les decía cosas como: «Mis chiquitos, mis negritos», y ellos respondían a veces con algún silbido. Con mucho cuidado, volvía a colgar las jaulas en el pequeño patio interior de la cocina, de esos que tienen mamparas con vidrios esmerilados, para no ver a los vecinos.

Fuimos nuevamente al cuarto y mi abuela encendió la radio, un aparador de madera grande, con curvas redondeadas, que parecía una heladera vieja. Sintonizó un informativo y se reclinó en la cama, a escuchar. La luz de la mañana le daba a toda su casa un aire un poco más libre, y los fantasmas y las miradas ya no me atemorizaban tanto.

Deambulé por su casa como quien recorre un museo. Al lado de su cuarto había otro dormitorio pero amueblado con sillones

de resortes. Me senté y reboté un par de veces en uno de ellos, me levanté y jugué con un mueble de espejos muy grande, de tres hojas, una especie de ventanal hecho de espejos. Moviendo las hojas laterales se podía lograr reflejos infinitos de uno mismo. Movía un brazo y las miles de yo movían el brazo. Movía la cabeza y todas movíamos la cabeza.

Reparé en otro retrato de mi tía. Era de la misma sesión que el que estaba en el cuarto. En esta foto no sonreía, tenía más bien una mirada melancólica, como quien mira al infinito y se pregunta sobre la humanidad. Era mi tía Clara, la que se fue a vivir a Israel, que no era hija de mi abuela y a la que solo conocía de fotos, y, por consiguiente, tenía que imaginar en tierras lejanas que mi cabeza construía con esas fotos, retratos y mucha imaginación. A veces me la figuraba llevando turbante; a veces, en un desierto, montada en un camello. Pero siempre distante.

Oí que mi abuela levantó la celosía, como ella le decía a la cortina de enrollar, para dejar entrar más luz, y me dijo que iba a preparar un té para desayunar. Me dijo que no tocara nada, y lo primero que hice, ni bien la vi salir hacia la cocina, fue correr a tocar desenfrenadamente todas las perillas de la radio. Un sinfín de voces y sonidos distorsionados comenzaron a salir por el parlante del aparato. Mi abuela volvió de inmediato y me miró con cara de absoluta reprobación, y yo salí corriendo hacia el living. Me escondí detrás de la puerta del comedor y me quedé quieta, muy quieta, pensando que allí no iba a poder encontrarme. Llegó con paso firme hasta donde yo estaba, abrió la puerta y me miró con cara seria. No dijo nada sobre la radio, me tomó de la mano y me ordenó que me sentara, que íbamos a tomar té.

El ritual de mi abuela para preparar el té era el siguiente: el agua se dejaba hasta que hirviera; nunca se hacía té si el agua no había hervido; luego, en la tetera con el té dentro, se ponía el agua y se dejaba reposar por cinco minutos; luego se servía con colador y

entonces se podía tomar. Ella lo tomaba oscuro y con azúcar, y casi siempre lo acompañaba con galletitas al agua.

Puso la bandeja en una mesita entre las camas del dormitorio y nos sentamos a desayunar. En la casa de mi abuela el único espacio que se usaba era el dormitorio. El resto del apartamento parecía ser el espacio de otros, los que ya no estaban, los que nos miraban desde las fotos, una especie de santuario de los tiempos pasados.

Mi abuela saboreaba el té; cada vez que se llevaba la taza a la boca entrecerraba los ojos y miraba hacia delante. Me dijo que iríamos al parque en el ómnibus 199, y eso me impresionó. Pensar cómo tenía esa clase de conocimiento me intrigaba.

El recuerdo que tengo de esa tarde en el parque es el de mi abuela parada con su pollera plisada y sus tacos y su melena y sus labios pintados de un bordó oscuro, saludándome mientras yo daba vueltas en algunos de los juegos mecánicos, y recuerdo haber pensado entonces que mi abuela no encajaba en aquel parque ruidoso. Ella pertenecía a otro mundo, más silencioso y solitario.

Otra escena: llego de la escuela en la bañadera y ella está esperándonos afuera, en el jardín. Nos dice que nos preparó ñoquis. Vamos con ella a la cocina y los platos ya están humeantes sobre la mesa de cármica blanca de la cocina. Incluso tienen puesto el queso rallado. Aunque mis hermanos y yo pensamos que es un poco extraño merendar ñoquis, lo aceptamos sin chistar porque se trata de mi abuela. Sabemos que debe haber encontrado el tiempo justo y el momento justo y las papas perfectas para prepararlos y que puso manos a la obra y esa obra coincidió con la merienda. La abuela nos mira comer, ni siquiera nos sacamos las túnicas, no hablamos mientras comemos, solo intercambiamos miradas cómplices que quieren decir que sabemos que mi abuela tiene arrebatos un poco extraños como este. Ella se queda parada, intentando saber por nuestra forma de comer si los ñoquis son o no perfectos. Mi hermano mayor es el primero en levantarse de la mesa, se va sin dar un veredicto sobre

los ñoquis y la abuela lo sigue con la mirada. Mi hermana pequeña dice que no quiere más, apenas si comió unos pocos y los revuelve displicentemente con el tenedor. Mi hermano, el del medio, anuncia que se va a jugar a lo de un vecino y se va sin decir más. Por último quedo yo. Ya no me entra ni un ñoqui más. Le digo que están riquísimos y me voy, me saco la túnica y salgo al campito de enfrente. Al rato llega mi abuela a decirme que ya sabe qué es lo que estaba mal en los ñoquis: la harina, la harina esa no es buena, es una marca nueva que trajeron a *Susitencias*. Me dice eso y vuelve con cuidado por el camino del campito que está marcado y yo me quedo sin saber qué pensar y sigo jugando absorta sobre un montículo de tierra.

Un día, siendo ya joven, descubrí que *Susitencias*, el almacén de mi abuela, era en verdad *Subsitencias*, una especie de almacén estatal donde los precios eran lo suficientemente bajos como para poder subsistir con pocos recursos.

Pensé en eso, en la sub-existencia de mi abuela, tan silenciosa, yendo a mi casa y volviendo a la suya por los pájaros, para darles de comer, y, supongo, también a reencontrarse con los suyos, en silencio.

## II

Mi abuela dio a luz a mi padre y en ese trance casi muere. Mi padre era un bebé enorme. En ese momento, ella todavía no estaba casada con mi abuelo. Por las partidas de matrimonio, supe que se casaron más o menos cuando mi padre tenía un año. Mi abuelo, que venía de Europa, tuvo un amorío con una mujer casada y de ese amorío nació su primera hija, mi tía Clara, que perdió a su madre en el momento de nacer. Al no poder hacerse cargo de la criatura por tener tres hijos más, su padre legal la puso en un hogar para niños judíos. Mi abuelo se encargaba de contribuir generosamente con este hogar y se aseguraba de que no le faltara nada a la niña. La sacaba una vez por semana y en esos paseos se encargaba de que le quedara claro que él era su padre pero que eso era un secreto entre ellos dos, que no le podía decir «papá» porque no estaba bien visto.

Fue recién cuando mi padre cumplió un año que mi abuelo decidió casarse con mi abuela y adoptar a mi tía. Así fue como se formó la flamante familia. Como no hay fotos del casamiento de mi abuela con mi abuelo, pienso que ese retrato familiar del que hablé hace a las veces de celebración del matrimonio y de contrato familiar. Los cuatro tienen algo para celebrar. Al menos han formado una familia.

Mi abuela no fue una madre para mi tía. No supo serlo. Tal vez porque ella misma no tuvo una madre presente, y entonces nunca aprendió a quererla. Siempre la vio como una competidora y creo yo que verla era para ella como mirarse en un espejo. Mi abuela llevaba